

# RITOS FUNERARIOS EN JAPÓN

GUILLERMO QUARTUCCI  
*El Colegio de México*

## La idea del alma

EN JAPÓN HAY, BÁSICAMENTE, TRES SISTEMAS filosófico-religiosos que sirven de sustento a la creencia en la supervivencia más allá de la muerte de lo que denominaremos —por no haber un término más adecuado en español— “alma”: el shintoísmo, el budismo y el neoconfucianismo.

Para el shintoísmo, creencia religiosa anterior a la introducción del budismo, el alma del muerto va a dar a un lugar subterráneo y oscuro, no localizado con precisión, denominado “el país de la sombra (*yomi no kuni* o *meidō*), lugar impuro y contaminado (*kegare*) al que llegan todas las almas (*tamashii*) sin excepción. Sin embargo, la muerte, a pesar de su alto grado de contaminación, no es considerada un acontecimiento nefasto, pues existe una promesa de salvación de la oscuridad mediante ritos oficiados por los familiares y la comunidad local del muerto, en el momento de la muerte y en aniversarios sucesivos, al cabo de los cuales el alma se purifica y pasa a formar parte del mundo de los altos espíritus (*kami*), integrado por las fuerzas de la naturaleza y las almas de los ancestros.

Para el budismo, introducido en Japón a mediados del siglo VI (552 d.C.), muy pronto adaptado a las necesidades espirituales y a las creencias locales, en un principio el alma de los muertos iba a dar a un paraíso o un infierno budistas, según la calidad de las acciones del individuo, pero ya en el siglo XIII, con la aparición de la secta del Paraíso (*Jōdō*, lit. “tierra pura”), se comenzó a hablar del Paraíso del Oeste (*saihō jōdō*), o simplemente del Paraíso (*gokuraku*), donde mora Amida (un avatar de Buda) y reina la perfecta armonía, al que se llega tan sólo repitiendo incesantemente las palabras mági-

cas *Namu Amida Butsu* (“Salve, Buda Amida”), por parte de los familiares en el momento de la muerte y en las ceremonias especiales que más adelante analizaremos con detenimiento. También estas palabras sirven para salir indemne en los momentos de peligro, cuando las recita la persona cuya vida se halla en riesgo. En realidad, el budismo primitivo nada había dicho sobre los pasos a seguir cuando moría una persona, ni sobre la construcción de monumentos funerarios, y menos aún sobre lo que sucedía después de la muerte. Pero en Japón, a partir de la época Muromachi (siglos XV y XVI) se generalizó la costumbre de officiar ritos funerarios de carácter budista —especialmente según las indicaciones de la secta del Paraíso—, y desde entonces esta secta, que en la actualidad cuenta con el mayor número de seguidores, se halla fuertemente asociada a la idea que en Japón existe acerca de la muerte.

El neoconfucianismo de los siglos XI y XII (que de China pasó a Japón), con su fuerte énfasis en las jerarquías sociales y en las obligaciones y deberes de unas para con otras, de las cuales la piedad filial es la más importante, echó profundas raíces en Japón debido a la tradición local de culto a los ancestros y sirvió de soporte ideológico a la sociedad de la época premoderna, modificando con su presencia al shintoísmo y al budismo.

### Las ofrendas funerarias

En este marco, las ofrendas funerarias, sean de carácter budista o shintoísta (las más comunes en Japón), tienen lugar básicamente en tres ocasiones: en la ceremonia fúnebre inmediata a la muerte, en determinados aniversarios de la muerte de una persona y en la fiesta de muertos que se celebra anualmente a lo largo y ancho de Japón. Las dos primeras son de carácter individualizado y en ellas participan familiares y allegados del muerto. La fiesta de muertos tiene un carácter comunitario y se celebra en una fecha fija.

### La ceremonia fúnebre (osōshiki)

I. La ceremonia budista es la más generalizada en Japón: primero se despoja al cadáver de la ropa y sus familiares lavan el cuerpo detrás de un biombo invertido (los *kakemono* de la sala también se invierten y la ropa del difunto, con el revés hacia fuera, se tiende al sol). Se le viste con una túnica blanca, como la que usan los peregrinos, se le coloca en el ataúd con las manos cruzadas al pecho y un rosario, y con una bolsita que contiene un par de monedas que habrán de servir para pagar al barquero que lo transportará al otro mundo. También se pone en el ataúd el abanico del muerto, así como algún objeto particularmente apreciado en vida por él. Si la persona muere en un día non (*tomobiki*), que es mal agüero, entonces se agrega una muñeca de paja para evitar que pronto muera algún familiar. Finalizados estos preparativos se encienden varitas de incienso y se llama al sacerdote budista para que inicie la ceremonia (en la actualidad también se encienden velas). El sacerdote se sienta en el lugar de honor, junto al nicho (*tokonoma*) que forma parte de la sala principal de la casa, dando inicio al banquete funerario. Mientras tanto, los participantes se han vestido con sus mejores galas y las mujeres se han arreglado el cabello de manera especial para la ocasión. El banquete consiste en pasteles de arroz, un guisado denominado *onishime* que incluye *konnyaku*, queso de soya (*tofu*) y algas (*onori*). Los presentes intercambian copas de aguardiente de arroz (*shōchū*) con el sacerdote, con la condición de no repetir hasta que llegue el turno, porque esto también es de mal agüero.

A continuación el sacerdote se sienta frente al ataúd y comienza a recitar sutras (*okyō*) no inteligibles para los presentes, aunque sí comprenden que el objetivo es hacer que el alma del muerto llegue sin tropiezos al Paraíso (de Amida, se trata de la secta Jōdō). Cuando la ceremonia termina, el ataúd es sacado de la casa y el lugar donde estaba situado, barrido con una escoba. Los hombres que portan el ataúd, antes de iniciar la marcha hacia el panteón, toman una copa de aguardiente servida por las mujeres de la familia. El ataúd se entierra con banderines de colores con inscripciones de sutras.

Pero las ceremonias no se acaban con el entierro. Al día siguiente, los parientes vuelven a reunirse, sin haber pasado la noche en vela. El sacerdote vuelve a la casa para arreglar con ellos los siete responso (*kuyō*) que habrá de officiar en siete semanas sucesivas (lo que sucede en un plazo de 49 días), durante las cuales los familiares tendrán que guardar luto y abstenerse de comidas animales. En estas ceremonias el sacerdote recita sutras frente al altar budista familiar (*butsudān*), donde se ha colocado la tableta (*ihai*) con el nombre póstumo del muerto. Al finalizar el séptimo responso se dan por cumplidas las obligaciones de la primera etapa y la vida vuelve a la normalidad.

El alma del muerto no abandona inmediatamente la casa sino que queda como flotando sobre ella hasta que se produce el entierro; a partir de éste es cuando inicia su viaje hacia el Paraíso, dependiendo el feliz arribo de la dedicación con que los parientes vivos cumplan sus obligaciones. La creencia más difundida es que las almas se congregan en el regazo de Buda Amida, en el Paraíso del Oeste, transformándose ellas mismas en Buda y alcanzando el nirvana (*nehan*).

Sin embargo, las obligaciones familiares con el muerto no se acaban después del 49º día. En ceremonias de responso, también denominadas *kuyō*, o *hōji*, celebradas por un sacerdote budista en el primero, segundo, sexto, decimosexto, vigésimo cuarto, trigésimo segundo y cuadragésimo noveno aniversario de la muerte, también se sirven banquetes funerarios como en ocasión de las siete primeras semanas.

II. En la ceremonia shintoísta, que prácticamente sigue los pasos de la budista, el cadáver se viste con ropa especial: una especie de babero (*tafusagi*); una camisa larga que llega a las rodillas (*hadagi*); la parte inferior (*shitagi*) y superior (*uwagi*) que conforman un antiguo traje japonés; una faja (*obi*), y unos calcetines en forma de zapato (*shitagutsu*). Una vez vestido el cadáver es colocado en el ataúd de madera, en posición horizontal, como si estuviera durmiendo (*nekan*) o en posición de sentado (*zakan*). A continuación comienzan las diferentes etapas de la ceremonia fúnebre: primero se escribe en una tableta (*tamashiro*) el nombre del muerto. De esto se en-

carga un sacerdote shintoísta ataviado de oscuro, con un traje (*bitatare*) similar al usado por los cortesanos de Heian y un sombrero (*eboshi*) de la misma época. El sacerdote recita el *norito*, canto litúrgico shintoísta, con el cual invita al alma del muerto a participar en el banquete fúnebre, que, al igual que el budista, es vegetariano. También se toma aguardiente de arroz. Finalizado el banquete, la tableta se coloca en el altar shintoísta familiar (*kamidana*), donde se hacen ofrendas de ramas del árbol sagrado shintoísta (*tamagushi*, *sakaki*). Finalmente, el ataúd es retirado de la casa y mientras el sacerdote purifica el lugar, es enterrado. Los dolientes regresan a la casa y se purifican echándose sal sobre la ropa antes de entrar. Esto también se hace en el budismo.

Durante los 49 días subsiguientes se hacen ofrendas de flores, incienso y alimentos en el *kamidana*, mientras se ruega a los demás ancestros que reciban en su seno el alma recién llegada. En años sucesivos se ofician responsos similares a los budistas, y finalmente el alma pasa a convertirse en *kami*.

En la actualidad, ambas ceremonias fúnebres se siguen llevando a cabo, pero simplificadas, y muchos de sus pasos quedan a cargo de personas ajenas a la familia, como el lavado y vestido del cuerpo, y su colocación en el ataúd, que corren por cuenta de la empresa fúnebre. El banquete funerario generalmente se encarga a un restaurante y los alimentos tabú (carne y pescado) han dejado de serlo. *Sushi* y sandwiches se incluyen entre los platillos. En ocasión de los responsos, realizados en los templos a los que se adscribe la familia, el banquete funerario es encargado al mismo templo o se efectúa en un restaurante. El número de altares budistas (*butsudan*) y shintoístas (*kamidana*) familiares ha disminuido notablemente en la posguerra, con la modernización urbana, las migraciones del campo y el cambio de las características de la vivienda (multifamiliares en lugar de casas): en la actualidad, el 16 por ciento de las casas conserva el *butsudan* y el 15 por ciento el *kamidana*. Algunos afirman que el televisor ha venido a ocupar el lugar de estos altares. Las tabletas con los nombres de los ancestros que antes se guardaban en estos altares domésticos, ahora se dejan en custodia del templo de la familia. También se ha generalizado la costumbre de cremar el ca-

dáver, pero en algunos distritos rurales todavía se entierra el cuerpo.

### La fiesta de muertos (*obon*)

Se celebra en la época más tórrida del verano, entre el 13 y 15 de julio, o el 13 y 15 de agosto, según se tome en cuenta el calendario antiguo o el moderno. Durante estos tres días, la comunidad en su conjunto celebra la reunión con las almas de los muertos, que deben viajar desde donde se encuentren hasta la casa donde se guarda su memoria. Por esta razón, es importante en Japón tener descendientes: un alma sin nadie que cuide de su memoria puede convertirse en una presencia maléfica y destructiva para la comunidad. En Japón hay una larga tradición literaria alrededor de estas almas en pena. Pero, además de tener descendientes que se encarguen de los ritos funerarios, éstos deben ser ejecutados de manera correcta. De lo que se trata, en definitiva, es de mantener en paz las almas de los muertos para que no molesten.

La fiesta de muertos no es más que una combinación de la tradición local de culto a los muertos, de carácter shintoísta, y el vocabulario ritual introducido con el budismo, aunque habitualmente se la considera una festividad budista. Sobre ella hay en Occidente testimonios tan tempranos como los de los primeros misioneros cristianos que llegaron a Japón en el siglo XVI. Es notable observar cómo, a pesar de los cuatro y medio siglos transcurridos, los relatos que nos han dejado aquellos misioneros no varían sustancialmente de lo que sucede en la actualidad.

Tradicionalmente, durante el *obon*, los vecinos de una aldea rural visitaban a las familias que habían sufrido una pérdida en el último año, llevando consigo dinero y lámparas de papel, aguardiente de arroz, incienso y pasteles especiales para la ocasión, y *somen*, una clase de spaghetti que se come en estos días. En la casa servían el resto de la comida, similar a la servida en los banquetes funerarios (*onisbime*).

Las tumbas se limpiaban algunos días antes, y el día 13 se colocaban flores en vasos de bambú, ramas de *sakaki*, agua

e incienso. También se ofrendaba arroz y berenjenas o pepinos picados (ahora se incluyen frutas), y se colocaba al anochecer una lámpara de papel para guiar el alma del muerto hasta la tumba. En el frente de las casas donde se celebraba la fiesta también se ponía una lámpara iluminada, para guiar el alma del cementerio a la casa. Dentro, el *but sudan* se adornaba con los mismos elementos que la tumba, y en la mesa de la sala se servía la comida.

En la actualidad se siguen los mismos pasos pero es cada familia la que celebra la festividad. El banquete se ha hecho más espléndido e incluye todo tipo de alimentos y bebidas. Es la ocasión del año en que más se come y se bebe en Japón, junto con el Año Nuevo. Algunas casas llaman a un sacerdote a officiar la ceremonia.

En los templos del lugar se llevan a cabo todas las tardes reuniones donde se baila (*bon odori*). El último día de la fiesta, cuando ya se ha puesto el sol, todos los vecinos se dirigen al lago, arroyo, río o playa más próximos para dar el adiós a las almas. Con el objetivo de guiarlas al país de las sombras, echan al agua pequeñas embarcaciones con lámparas (*tōrōnagashi*) y el nombre del familiar escrito en una tablilla, que se pierden en la noche. De regreso a casa, para evitar que algún alma haya quedado rezagada, arrojan piedritas al techo, para indicarles que es hora de partir.

#### BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Encyclopedia Japonica. Dai Nihon Hyakka Jiten*, 21 volúmenes, Tokio, Shogakukan, 2a. edición, 1972.
- John Embree, *Suye Mura. A Japanese Village*, Chicago, The University of Chicago Press, 1939.
- Robert Jay Lifton *et al.*, *Six Lives, Six Deaths*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1965.
- Michael Cooper, S. J. (Ed.), *They Came to Japan*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1965.
- Joseph Spae, *Shinto Man*, Tokio, Oriens Institute for Religious Research, 1972.
- Ono Sokyō, *Shinto. The Kami Way*, Tokio, Charles E. Tuttle and Co., 3a. edición, 1964.
- Jean Herbert, *Shintō at the Fountain-head of Japan*, Londres, George Allen and Unwin Ltd., 1967.